

Un cielo sin ventanas de José Luis Ortiz Rodríguez

Antonio García Velasco

José Luis Ortiz Rodríguez
Un cielo sin ventanas
Editorial El desván de la memoria
Madrid, 2014

Veintiséis poemas sin título, numerados con las correspondientes signaturas romanas, componen este libro, primero de José Luis Ortiz Rodríguez. En ocasiones, el título de un poema orienta sobre su tema, al menos en la intención del autor, aunque, en otras el título es sólo una evocación que forma o no parte del texto poemático. Podríamos evocar a Juan Ramón Jiménez para ilustrar el valor de ciertos títulos. Pero ausentes están en el libro que comentamos y, por tanto, sin que se nos predisponga previamente la lectura con unas determinadas expectativas. Así, por ejemplo, cuando encontramos un título como “Arte poética” nos disponemos a leer una declaración del poeta sobre sus principios estéticos. Después no sentiremos defraudados o no: “*Y en toda el alma hay una sola fiesta, / tú lo sabrás: Amor, sombra florida, / sueño de aroma, y luego... nada, andrajos, / rencor, filosofía. // Roto en tu espejo tu mejor idilio, / y vuelto ya de espaldas a la vida, / ha de ser tu oración de la mañana: / ¡Oh, para ser aborcadado, hermoso día*”. ¿Cómo justificar un título así en este poema de Antonio Machado? ¿Lo titula así pensando en la frecuencia con la que el tema del amor/desamor se desarrolla en la poesía? ¿Por qué el tema de su poema es, precisamente, una decepción amorosa que hace pensar en la muerte y tal sentimiento inspira su escritura? José Luis nos evita especulaciones y va directo al texto poemático. Si acaso, sólo nos adelanta una dedicatoria o una cita.

Desde el punto de vista formal, se caracteriza el poemario por el empleo del verso libre, un lenguaje evocador, directo y con imágenes precisas y certeras. Desde el punto de vista temático, José Luis nos presenta temas variados: evocaciones de tiempos pasados, observaciones de la realidad en un tiempo concreto, vivencias, reflexiones... Hasta llegar al poema último en el que nos declara su actitud estética: “*Escribo con la savia trémula de la adelfa, / escribo temeroso y valiente, infatuado, / y humilde, igual que un soberano / al que ya nada pertenece. / Escribo con el agua de los charcos / donde beben mutantes las palomas / y un puro átomo de nube / se funde con el plomo del asfalto. / Escribo sin pregunta una respuesta / y en la respuesta escribo una pregunta*”.

Los dos últimos versos de su declaración podrían quedar ilustrados con el poema que abre el libro: “*Esa playa secreta, remotísima, / duerme al abrigo de tormentas y olas, / como la muda arena del desierto / por donde yerra el alma estéril /*

exangüe". Quizás nadie le ha preguntado dónde, cuándo, por qué yerra esa alma... Y, por otra parte, a los lectores nos hace preguntarnos al percibir su evocación.

El término "Evocación" nos lleva a la técnica poemática más frecuente en el poemario de José Luis. Bien de momentos de la infancia: "*Subíamos, los pies alados, a los árboles, / mensajeros del dios urgente de los niños...*"; de los tiempos juveniles: "*Nos congregábamos en un pasillo / estrecho de altos ventanales...*"; también de tiempos tristes por causas diversas. "*Era entonces el mundo una rosa suicida / [...] En mi alma / el tedio, / con voz de osario, declamaba / versos de Baudelaire*"...

Sus enunciados discurren como una suave melodía, sensible, sugerente, diría que pictórica. Existe una velada nostalgia de la belleza y un lamentar su cualidad de efímera ("*...el vertedero de palabras muertas / donde un día arderá en cenizas / la agonizante rosa*", "*...la gastada belleza se refugia, / como un viejo animal herido...*")

A veces nos encontramos poemas cuyo hipertexto es un clásico que necesariamente, de alguna manera, está vivo en el autor. Pensemos, por ejemplo en el romance del prisionero: "*Que por mayo era por mayo, / cuando hace la calor, / cuando los trigos encañan / y están los campos en flor, / cuando canta la calandria / y responde el ruiseñor, / cuando los enamorados / van a servir al amor, / sino yo, triste, cuitado, / que vivo en esta prisión, / que ni sé cuándo es de día / ni cuándo las noches son, / sino por una avecilla / que me cantaba al albor. / Matómela un balletero / ¡déle Dios mal galardón!*" José Luis nos da su versión: "*El prisionero rumia flores muertas / y escribe con la espuma que destilan. / Su esperanza es una paloma / que nunca vuelve, bebe / el agua de la fuente / seca y el cielo inmóvil / condena repetidamente / la suma inútil de sus días*",

El poema IX parece una écfrasis de una ilustración del cuento "La bella durmiente": "*Destiñeron los ricos cortinajes / [...] la maleza, con su hábito / depredador, devora / los exhaustos jardines...*"

En ocasiones, una cita rememora el hipertexto del que parte para la escritura de un poema de nostalgia del padre. Sea el caso del poema XII, cuya cita de Paul Simon ("*I am wearing my father's old coat*") parece glosar, sin que pierda intensidad el sentimiento que se propone expresar: "*Recojo las pesadas hojas / muertas del calendario y coloreo / una fotografía velada y el abrigo / remiendo que mi dulce padre dejó enterrado / bajo la sombra pura del olivo*".

Si de este poemario tuviésemos que escoger un poema para ilustrar el valor polivalente de la poesía, es decir, la ambigüedad del mensaje poético, en el poema XIII tendríamos un buen ejemplo: "*La he visto al despuntar el alba, en los lejanos / autobuses que barren los barrios periféricos / [...] La he visto con su luto por la ciudad en fiestas, / [...] La he sentido dentro / como un cristal quebrado*". Podríamos estar hablando de la soledad, de la tristeza, del dolor, de la miseria...

No podemos dejar de hacer referencia las imágenes surrealistas que salpican el poemario. Ya Víctor M. Pérez Benítez, en el prólogo –elogioso, descriptivo, preciso– evoca como ejemplo de surrealismo el comienzo del poema del prisionero al que nos hemos referido. Por mi parte, el poema XVII es toda una imagen surrealista: "*En el vacío de la noche sueñan / trenes abandonados,*

/ largos trenes de invierno / que circulan por vías muertas, / con vagones escuálidos y un extraño pasaje / ciego y vociferante". O el poema XIX.

El poema XX desarrolla un tema existencial. Lo citamos como una explicación del título del libro: "*Rodamos por un cielo sin ventanas, viajeros / con rumbo hacia el oeste. / La travesía imita un laberinto / de rostros repetidos / y voces huecas que salmodian / oscuras melodías. / Y así nos alejamos, sin un gesto / apenas, prisioneros dóciles, / actores ciegos, solos, / por un camino incierto*".

Terminaremos este recorrido por los poemas de "Un cielo sin ventanas" aludiendo al poema XXII, que Víctor, en su prólogo, presenta como moralizante: "*Jamás vendas por treinta / monedas el perfume del incienso. / Nunca dobles la risa del rufián / ni juegues a los dados con despojos ajenos*". El poema rememora la estampa del Judas bíblico, traidor por treinta monedas, proponiendo vender el perfume con el que María perfuma los pies de Jesús. Y la de los soldados romanos jugándose a los dados las ropas de nazareno.

Se podrían seguir comentando los poemas y aciertos expresivos y evocadores del poemario de José Luis Ortiz Rodríguez, pero basten los ejemplos aducidos como muestra de este libro que bien merece el título de libro de poemas, de Poesía.

Ya hemos hecho referencia al prólogo de Víctor M. Pérez Benítez y no podemos dejar sin mención las ilustraciones de Paco Selva, autor también de la cubierta, ya que todo ello conforma un libro singular.